

TENÍA RAZÓN “EL GALLO”.

Casi no hay un día que no se diga o se publique algo con respecto a la competencia, en cierta medida desleal, entre los hospitales universitarios y las clínicas veterinarias. Dependiendo de que lado esté el que opina, se argumenta de una forma o de otra, y muchas veces los criterios pueden resultar convincentes tanto si defienden una postura como si defienden la contraria.

Hace bastantes años que intento analizar la situación lo más serenamente posible, y siempre he sido muy pesimista al respecto.

Por un lado nadie puede discutir la necesidad de que una Facultad de Veterinaria disponga de un buen hospital que permita ofrecer a sus alumnos una formación práctica adecuada. A este nivel, no puede más que sentir una sana envidia, puesto que a principios de los 70 la situación era bien distinta, y los pocos “raros” que pretendíamos dedicarnos a la clínica de pequeños animales, además de ser unos incomprendidos teníamos de

plantearnos la formación práctica por nuestra cuenta.

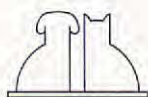
Pero por otro lado tampoco nadie puede discutir que la ingente cantidad de veterinarios que estamos ejerciendo la clínica estemos en inferioridad de condiciones, al tener que competir con hospitales que utilizan medios y equipamientos, que no están en la mayoría de los casos, al alcance de los clínicos particulares. Equipamientos y formación de alto nivel pagada con recursos públicos.

Recuerdo que en una ocasión hace dos o tres años y durante un seminario sobre nuevos programas de estudios en el que participaban un buen número de catedráticos y profesores de todas las facultades de Veterinaria, me tocó moderar una ponencia en la que se trataba el controvertido tema de la competencia entre hospitales públicos y clínicas privadas. Al final parecía que la solución no era más que un tema de diálogo y se ponía como ejemplo el exquisito entendimiento al que se había llegado entre el nuevo

Hospital de la Facultad de Madrid y los clínicos de la misma Comunidad, que habían llegado a un acuerdo, gracias al cual se limitaban las competencias del citado Hospital, que no podría atender más que casos remitidos por los clínicos y no dispondría de servicio de urgencias.

Hay que tener en cuenta que en aquel momento se estaba hablando de un hospital, creo que con cerca de 5000 m² y un presupuesto supermillonario.

Algo atónito, por semejante afirmación, se me ocurrió comentar que a pesar de la situación idílica que se estaba planteando, en cualquier caso ésta no podría ser una solución definitiva ni duradera, pues no respondía más que a una situación momentánea de compromiso, y que a la larga se rompería este equilibrio inestable, no solo en Madrid, sino en cualquier otra comunidad donde existiese un hospital universitario y el número de veterinarios creciera al ritmo que lo estaba haciendo.



Evidentemente mis reflexiones no fueron en absoluto bien acogidas por los asistentes y al final una buena amiga tuvo que salir en mi defensa para evitar que se ensañaran conmigo, pero creo que poco a poco el tiempo me irá dando la razón.

Esta es una situación que a mi modo de ver no tiene ningún tipo de solución puesto que por un lado no se puede pretender limitar el potencial de unos hospitales "públicos" ni el derecho a una formación de calidad de nuestros estudiantes, y por otro lado el excesivo número de clínicos privados no pueden afrontar, con el cada vez menor número de clientes, unas estructuras suficientemente dotadas para competir con los "hospitales públicos".

El argumento, tantas veces señalado por los responsables universitarios con respecto a que en todo el mundo conviven clínicos y hospitales universitarios, no deja de ser un planteamiento demagógico, si se tiene en cuenta que la situación en España difícilmente se puede comparar con muchos otros países con los que pretendemos compararnos. Muchas de las Facultades europeas tenían muy buenos hospitales públicos de animales de compañía, cuando las universidades españolas ignoraban e incluso despreciaban esta especialidad, y los clínicos de estos países empezaron su actividad profesional adaptándose a esta situación, lo que fue creando una verdadera colabora-

ción entre los clínicos y la universidad. Pero en España la situación ha sido a la inversa, los clínicos privados tiraron del carro de la especialidad, se equiparon, se formaron e intentaron dar el servicio que la sociedad demandaba, a base de autoformación, ilusión y un gran esfuerzo y con las universidades vueltas de espaldas. La nefasta política universitaria, no solamente en Veterinaria, originó primero una gran plétora profesional y posteriormente la creación de faraónicos hospitales públicos acabó de rematar la faena.

No se trata de ser pesimista u optimista, simplemente se trata de analizar la realidad, y la realidad no es esperanzadora. En este asunto el daño ya está hecho y a mí se me hace muy difícil prever cual va a ser el futuro, pero evidentemente será muy duro.

En la lucha por un mercado tan competitivo jugar con ventaja es fundamental y que llegue a existir un compromiso de colaboración o de no agresión entre hospitales "públicos" y clínicas privadas es impensable. Como decía el gran torero "El Gallo", "lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible".

Dr. Francisco Florit
Presidente de AVEPA

